

Los certificados que se publicaron diciendo que López fué hecho prisionero en el momento del asalto al convento de la Cruz, pudieron haber afirmado que desde antes de marchar sobre el fuerte ya quedaba el coronel imperialista en calidad de preso, pues le custodiaban al penetrar al recinto fortificado; pero ese prisionero voluntario iba en filas con su consentimiento. (1)

El general Tomás Mejía pudo llegar al cerro de las Campanas con una corta fuerza de caballería y reunirse con Maximiliano, así como el coronel González á la cabeza de los dragones de la Emperatriz, regimiento que á toda prisa hizo salir y que se formara en la llanura situada al pie del cerro, de manera que solamente era esperado Miramón para que los imperiales se abrieran paso buscando una salida.

(1) Para probar Miguel López que había sido sorprendido á las cuatro y media de la mañana, en la huerta de la Cruz, y que había querido salvar á Maximiliano, solicitó un certificado de Yablousky, en el cual este dijo: "que á las dos y media de esa misma madrugada, había recibido orden de López para participar al Emperador el peligro que corría." Incurrieron en contradicción, pues ¿cómo pudo ser sorprendido López dos horas después de haber dado aquella orden? Si tuvo oportunidad y tiempo para mandar á Yablousky que salvara á Maximiliano, ¿por qué no dió la voz de alarma? ¿por qué no avisó, dió parte ó hizo algo de lo que ordenan el honor y el deber á un oficial? ¿Antes por el contrario, se dirige á la huerta para ser sorprendido y aprehendido?

Miguel López dijo que pudo desprenderse de sus aprehensores para dar órdenes con objeto de salvar al Emperador y después "montar un mal caballo é irle á alcanzar y suplicarle que se dejara conducir por un guía." ¿No es de notarse que un prisionero gozara la libertad de obrar que tuvo López? A un prisionero no se le permite montar á caballo é ir libremente á donde le plazca, y más si se trata de un coronel y comandante de una línea como lo era Miguel López, pues que hasta los subtenientes se encontraban rigurosamente presos y vigilados. El día 20 del mismo mes obtuvo López un pasaporte del jefe vencedor, para marchar á Puebla y arreglar asuntos de familia, mientras que todos los prisioneros estaban con centinelas. Ni un solo momento queda López preso ó arrestado y poco después de caer Querétaro se paseaba por las calles de México.

El día 12 recibió el general Escobedo, de San Francisquito, proposiciones del jefe del punto Miguel Colich, para pasarse sin más condiciones que garantizarle la vida; se le admitió la oferta y se le dijo que esperara. Escobedo dice que pesaba en su ánimo la idea de que tomando la plaza por asalto corría riesgo la ciudad de ser destruida, pues de los veinticinco mil sitiadores, no contaba más que con diez mil disciplinados.

En espera de que se rendiría la ciudad, recibió aviso el general sitiador el día 14, de que en la noche se intentaría una salida por San Gregorio, y al recorrer la línea Oriente de la plaza un ayudante del coronel Julio Cervantes le dió parte al general Escobedo, de que un jefe de la plaza sitiada deseaba hablarle. Recibió en la casa del Sr. Cervantes al emisario, que era el coronel Miguel López, quien le manifestó que Maximiliano, deseando evitar el derramamiento de sangre, había renunciado la corona, y que ofrecía bajo su palabra de honor no volver al país por ningún motivo, esperando que se le permitiría salir de la plaza con algunos jefes y escoltado por un escuadrón de la Emperatriz, hasta Tuxpan, donde se embarcaría. La contestación del general Escobedo fué: que las órdenes de su gobierno eran que la plaza se rindiera á discreción ó batirla. López continuó instando sobre la conveniencia de que no se obligara á la guarnición á romper el sitio y salir, porque la guerra se prolongaría de una manera indefinible, y pidió á Escobedo, en nombre del Archiduque y de la paz, que obrara con alguna magnanimidad, evitando el ataque brusco que costaría mucha

El coronel republicano Rincón Gallardo, siempre guiado por López, penetró hasta el centro de la plaza, se apoderó de las alturas del convento de San Francisco, edificio en que se encontraba el parque general, é hizo prisionero al jefe de artillería Becerra á cuyo mando estaba aquel punto y que había recibido á López sin desconfianza. Poco después la escolta imperial y el escuadrón de húsares austro-mexicanos, que iban á reunirse con Maximiliano, fueron detenidos por López al pasar por delante de San Francisco; les ordenó que echaran pie á tierra y depusieran las armas, é hizo prisionero al capitán Paulowsky, á sus oficiales, á los de la escolta imperial y refundió á los soldados en las filas de los republicanos. Lo mismo se verificó con todos los destacamentos que encontró, pues López continuaba ejerciendo mando entre los republicanos.

En seguida se dirigió López al palacio departamental, seguido de una fuerza republicana que puso á cierta distancia, y se presentó á Maximiliano, quien con admiración le preguntó:

—¿Pero qué sucede, coronel?

—Señor, respondió López señalando á los republicanos que aparecían en el fondo de una calle: "todo se ha perdido; mirad al enemigo que nos sigue de cerca." Creyendo Maximiliano que era la guardia municipal, envió á un oficial á reconocerlos y entretanto López insistió en que Maximiliano se dejara ocultar en una casa cercana, lo cual rehusó absolutamente. El oficial regresó anunciando que la tropa que se percibía era enemiga, y no teniendo Maximiliano ninguna

sangre. Esta contestación le dió Escobedo: que deseaba la salida porque así el triunfo de los republicanos sería completo, y no sufriría la población; que en la plaza carecían de toda clase de elementos, siendo absoluta la desmoralización, según podían atestiguarlo los jefes Paz y Puente y teniente-coronel Ontiveros que acababan de pasarse al campo republicano.

Con esto terminó la conferencia, habiendo vuelto López á insistir en que se le dieran garantías al Archiduque, á lo que respondió Escobedo con disgusto, le significó que ya no estuviera hablándole del asunto y le pidió la autorización para hablarle en nombre del Archiduque y en calidad de comisario secreto. Entonces López le presentó una carta, en la que le hablaba el Archiduque como á persona de su mayor confianza. En seguida, dispuso Escobedo que López volviese á su campo, usando las formalidades de estilo. Declara este general republicano que López no le pidió ni ascensos, ni garantías, ni dinero; que todo lo que pidió fué para el Emperador y sólo para el Emperador.

El general Escobedo dice: que tenía la creencia de que López había salido á hablar con él por autorización del Archiduque, y que concibió tal creencia cuando el 17 de Mayo, hablando con Maximiliano en la tienda de campaña levantada en la Purísima, le significó que algunas personas habían pedido permiso para hablarle, entre ellas el coronel López, y que si no se los había concedido era porque esperaba preguntarle si no tenía inconveniente en recibirlos, al contestarle que no lo tenía suplicó á Escobedo que permitiese al coronel López que le viera; pero advirtiéndole éste que algunas versiones que corrían en la plaza tachaban la lealtad de López hácia su persona, Maximiliano le contestó: "A mí el coronel López no me ha faltado." También afirmó el general Escobedo, que Maximiliano le repitió en el cerro de las Campanas, las mismas palabras que López le dijo la noche del catorce.

fuerza respetable que oponerle, y como aún no llegaba Miramón, dió la orden de retirarse al Cerro de las Campanas.

López no le siguió, sino que fué á reunirse con los republicanos. ¿Por qué razón al alcanzar López á Maximiliano en las calles de Querétaro, no siguió con él, sino que vuelve á caballo, llevando puesto aún el uniforme del Regimiento de la Emperatriz y se mezcla entre los republicanos? En esta situación no es hecho prisionero, cuando hasta el último de los subtenientes imperialistas quedó preso. ¿Qué servicios tan considerables serían los que el general Vélez, el primero que entró á la Cruz, debería á López, para que éste quedara en libertad, cuando todos los jefes y oficiales imperialistas estaban prisioneros?

Maximiliano esperaba la llegada de Miramón para abrirse paso y extrañaba que éste no se presentara, cuando tantos acontecimientos se sucedían con gran rapidez. La confusión que se introdujo en todas las líneas de los sitiados fué indescriptible, al saberse la entrada de los republicanos á la plaza, la traidora conducta de López, la herida que recibió Miramón y la presencia de Maximiliano en el cerro de las Campanas. Los republicanos repicaban á todo vuelo las campanas de la Cruz y San Francisco y los gritos de ¡viva la libertad! indicaban á los imperiales que estaban aún en línea, la amenaza por retaguardia; los disparos de artillería y las evidentes pruebas de un asalto contribuyeron á aumentar el pánico, que hizo perder la cabeza á los jefes imperialistas. Enormes masas de fuerzas republicanas invadían las calles de la ciudad, y el ejército imperial quedó en poco tiempo disperso ó prisionero, dirigiéndose muchos oficiales instintivamente al cerro de las Campanas, á donde algunos bien montados lograban llegar, pero ya los que iban á pie caían en poder de los republicanos. Estos hacían fuego sobre cualquier individuo extraño que encontraban en las calles.

Maximiliano, desde la altura en que se hallaba, veía y dominaba aquel inmenso é irreparable desastre, sin poder hacer algo para contenerlo. A su alrededor se reunían oficiales y soldados de todos los cuerpos y de todas armas, refugiados allí como los náufragos en una isla; á cada momento se presentan más; muchos tienen que abandonar sus cabalgaduras, y se llegó hasta negarles la entrada; los artilleros penetran por las troneras al recinto fortificado. El reducto que corona al cerro es el punto de mira de las baterías de los sitiadores, que ya inutilmente gastaban la pólvora y las balas, lanzadas también por las piezas de que acababan de apoderarse. La posición de Maximiliano no era sostenible. A cada momento pregunta por Miramón con impaciencia, y se informa si se percibía entre los grupos que se presentaban en el cerro y á los que llegaban se les pedían noticias del deseado general.

—Solamente á él espero, decía Maximiliano á los generales Castillo y Mejía, no quiero dejarlo atrás.

El general Miramón, que avisado de lo que pasaba salía de su habitación á la calle, se vió repentinamente en medio de los enemigos, y al defenderse recibió una herida en la mejilla. Grupos de soldados imperialistas hacían fuego en las

calles, algunos eran matados en la dispersión á que se entregaban y otros acudían á despertar en sus alojamientos á los generales, jefes y oficiales que no estaban en las líneas. En muy poco tiempo desaparecía el cuerpo de ejército que durante setenta días había defendido la plaza y aun no se explicaba la presencia de los republicanos y las entusiastas demostraciones á que se entregaban.

Cuando Maximiliano fué informado por el coronel Pedro González, quien se presentó á pedir instrucciones y aseguró que Miramón estaba herido en una mejilla y que se le iba á hacer una operación, se afectó mucho y llamando aparte á los generales Castillo y Mejía, les pidió que le manifestaran con franqueza si sería posible romper las líneas del enemigo. Mejía tomó un antejo de larga vista y después de examinar atentamente la situación de las líneas y de las caballerías republicanas, así como los obstáculos que había que salvar, respondió:

—Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena, trataremos de hacerlo; en cuanto á mí, estoy pronto á morir.

Una determinación era urgente: los sitiadores se acercaban al reducto del cerro defendido solamente con seis cañones; el fuego de la artillería republicana redoblaba, cruzándose los proyectiles sobre aquel reducto en todos sentidos, al grado de no permitir á los dragones de la Emperatriz seguir por más tiempo formados al pie del cerro, sin ser diezmados por la lluvia de proyectiles, experimentando dificultad los oficiales para contener á los dragones que viend filar reducidas por momentos, pedían cargar ó ponerse á cubierto. (1)

(1) Al argumento referente á no haberse visto López sujeto á ningún castigo, apareciendo de paseo en las calles de México, á los pocos días de la caída de Querétaro, vestido de paisano, contestaron los que negaban la traición de López, que se le trataba así por ser un prisionero personal del general Vélez, quien pidió que quedara á su disposición por deberle favores especiales, á cuya petición accedió el general Escobedo. No obstante que acerca de esto se publicó un certificado del citado general Vélez, no quedó satisfecho en el público el sentimiento de justicia ejercido enérgicamente en los demás jefes que rodeaban á Maximiliano.

El general Francisco O. Arce que mandaba la segunda División en el sitio de Querétaro, aclaró el asunto de la entrega de esta ciudad, en una carta que dirigió á la prensa en 15 de Mayo de 1867. Refiere en ella que en las primeras horas de la noche del 14 del mismo mes de 1867, tuvo instrucciones del general Escobedo para la vigilancia de una de las trincheras, á fin de que mandara recibir á un jefe del enemigo que había ofrecido y anunciado su salida de la plaza por aquel lugar, con objeto de conferenciar con el general en jefe y tratar asuntos de importancia.

Comisionado el comandante de batallón D. José M. Rangel para recibir al jefe anunciado, avanzó hasta el foso de la trinchera señalada, donde, después de esperar un rato, recibió al jefe enemigo que salía furtivamente por una de las troneras y se dejó conducir hasta la presencia del general Arce. El jefe imperialista era Miguel López, coronel del Regimiento de la Emperatriz, compadre y protegido de Maximiliano.

Enego que esto le fué comunicado al general Escobedo, llegó y tratando á López con suma frialdad, tuvo con él una larga conferencia, cuyo resultado fué que se nulificaran las órdenes primeras recibidas por el general Arce para el asalto de la plaza; se mandó reforzar la División de éste con los batallones "Supremos Poderes" y "Nuevo-Leon" al mando respectivo de los coroneles Pedro Yé-

A las ocho de la mañana del 15 de Mayo todo había terminado en la plaza de Querétaro: Maximiliano y la mayor parte de su ejército estaban prisioneros.

No pudiéndose explicar satisfactoriamente la conducta del jefe López, apareció la acusación directa á Maximiliano, achacándole que había propuesto, por medio de López, entregar la plaza para alcanzar de los sitiadores un pasaporte y regresar á Europa. En este caso, la connivencia sería entre López y Maximiliano, haciéndola recaer en la circunstancia de que en el consejo de guerra celebrado por los sitiados la víspera de que cayera la plaza, se había notado, según se dijo, la ausencia de López, y Maximiliano le excusó diciendo que le había dado una comisión. Durante el consejo se presentó López; entonces Maximiliano se levantó de su asiento para recibirle y habló aparte con él un breve espacio de tiempo.

La cuestión acerca de la toma de la plaza de Querétaro varió de rumbo, al publicarse una carta atribuida á Maximiliano y dirigida á López. El autógrafo, que fué materia de gran discusión, decía:

pez y Miguel Palacio, y se ordenó la inmediata ocupación del convento de la Cruz, "siendo guiadas, dice el general Arce, nuestras fuerzas por aquel traidor."

El general Francisco Vélez, el comandante de ingenieros Braulio Franco y el teniente coronel Agustín Lozano, fueron comisionados por el general en jefe para que no se separaran de López, á cuyo grupo agregó el general Arce, al coronel José Rincón Gallardo y dos de sus ayudantes, con orden de que á los primeros disparos que hiciera el enemigo, levantaran á López la tapa de los sesos. Tomada esa precaución, comienza el avance de las tropas sobre el convento de la Cruz á las tres de la mañana del día 15 dirigiendo la vanguardia el titulado coronel López, quien se daba á conocer en los puntos avanzados del enemigo, como jefe de día.

"Así fuimos ocupando sin resistencia varios puntos y penetramos por una horadación del muro de la huerta del convento, hasta la iglesia y los claustros del mismo. Encontramos dormidos y confiados descansando de sus fatigas, á los soldados enemigos que cubrían el punto y que ya no pasaban de mil entre austriacos y mexicanos."

"Con cerillos y escasas luces que se proporcionan, comenzamos á recoger las armas que estaban apoyadas en las paredes ó formadas en pabellón, y despertaron los soldados que mostraban sorpresa al reconocer entre las sombras á los republicanos." El general Arce mandó ocupar las torres de la iglesia principal y dar un repique á vuelo, señal convenida con el general en jefe para anunciarle la ocupación del punto.

Los albores de la mañana del 15 se anunciaban; el general en jefe oyó el repique, y la artillería indicó al ejército republicano el momento del asalto. Se desprendieron las columnas de éste, avanzando á paso veloz sobre las trincheras de la plaza, ocupándolas con más ó menos resistencia. El cerro de las Campanas, donde Maximiliano se encontraba, fué el punto que resistió más y el último que sucumbió luego que sus defensores enarbolaron la bandera blanca.

Refiere el general Arce, que sus subalternos se indignaron del vil proceder de López, porque lea privó de la gloria de tomar el punto de la Cruz por asalto, y que estuvo en peligro la vida de López que se salvó por la precaución que tuvo de no separarse ni un momento del general Vélez.

Las fuerzas de Arce custodiaron á Maximiliano, y dice este General que en dos entrevistas que tuvo con él se le mostró quejoso por la conducta de López, la que apenas podía creer, á la vez que se manifestaba muy agradecido por el proceder del jefe que le dejó seguir su camino.



*General Jesús Díaz de León.*

Tuvo el mando de las fuerzas que formaron el cuadro para fusilar á Maximiliano de Hapsburgo al pie del Cerro de las Campanas; en la parte occidental estaban, á las seis de la mañana del 19 de Junio, cerca de cuatro mil soldados. La multitud de curiosos y dolientes que cubrían el Cerro de las Campanas, guardaban silenciosa actitud, retirándose con las tropas después de consumada la ejecución.